Tinta de sangre. Narrativa policial chilena en el siglo XX Clemens Franken y Magda Sepúlveda

Universidad Católica Silva Henríquez
Santiago de Chile, 2009, 301 pp.

El nuevo siglo chileno está trayendo buenas noticias en materia de crítica literaria, en cuanto se están proponiendo recuentos y reformulaciones de la literatura nacional que contemplan los intereses de sus lectores y que plantean un compromiso ético y político en una escritura que rasga antiguas autocensuras culturales.

Tinta de sangre es el primer levantamiento de datos, sensibilidades y experiencias sobre el género policial chileno, no tomado en cuenta por la academia durante el siglo pasado, por considerarla escasa en número y de poca valía a nivel estético; a pesar de haber contado con un grupo fiel de lectores, que atesoraba estos relatos en libros o en empastes de hojas y suplementos periodísticos. Quien quiera ahora reflexionar sobre nuestra identidad cultural desde los crímenes desenvueltos en la literatura, cuenta aquí con un breve diccionario crítico que refracta la sociabilidad chilena desde la atenta lectura del policial, concibiéndonos como un país xenofóbico, clasista, débil en su institucionalidad y con una moral sospechosa. Estos materiales literarios constituyen una entrada privilegiada para confrontar los mitos ciudadanos; además de exhibir los puntos de fuga de estos círculos viciosos: detectives de rabia melancólica, esposas que huyen, hombres maduros que reclaman la juventud arrebatada por una autoridad feroz. El género policial aparece así como el espejo lateral que nos va recontando el pasado desde el comentario de alrededor de cincuenta novelas y treinta narraciones breves, dispuestas en un marco valórico, pues estudiar este corpus es: “hacer una crítica a la violencia, a la justicia y al derecho” (48). Anotemos de paso que este corpus policial es rastreado pacientemente no sólo a través de antiguas colecciones de libros, sino también desde la esmerada consulta de revistas y suplementos periodísticos donde aparecen publicadas muchas veces bajo seudónimo.

Desde la aparición de la novela *Rayuela*, de Julio Cortázar, todo Índice constituye un tablero lógico y existencial de la composición de una obra. Allí está la ordenación pensada para un *tú*, el caprichoso lector (nuestro semejante); una carta de navegación que debe otorgarle libertad de desplazamiento, a la vez que ciertas seguridades sobre la materia tratada. Hay dos entradas para este libro: una panorámica, que distingue siete tipos de detectives que irrumpen y salen de escena en distintos tiempos y contextos y luego, una entrada donde la mirada se detiene en cada escena particular. Un panorama sintético, abierto luego como un abanico para distinguir matices y gustos particulares. Ambas entradas están intercomunicadas; pero se pueden ensayar de modo independiente sin perder

pie. Una bibliografía final expone el corpus policial chileno y los aportes más representativos sobre el género a nivel teórico y crítico.

Este panorama se presenta como un viaje donde la forma policial y su héroe van cambiando de piel, a la luz de los tiempos. En un ejercicio didáctico de gran complejidad, previamente a la exhibición de los siete detectives chilenos --medida cabalística para desentrañar el misterioso orden de nuestra conciencia social--, se nos otorgan los antecedentes históricos del género policial, sus rasgos formales clásicos (la novela de enigma), el surgimiento de la novela negra norteamericana, las transformaciones que sufre el género en América Latina y su variante singular chilena. Mínima enciclopedia, aprendemos aquí que el nacimiento del género policial está asociado a las reformas a los códigos penales de Francia (1810) y de Prusia (1851), que abolían la tortura, instaurando en el sistema judicial la evidencia científica. Y desde una selección impecable de citas de la tradición de las Ciencias del Hombre, se otorgan los datos culturales que sostienen la escena literaria del crimen: la multitud urbana (en las viñetas de Walter Benjamín), la inseguridad existencial (enunciada en las páginas de Sören Kierkegaard) y la fe en la razón, hacen aparecer la figura del detective clásico como un sacerdote secularizado. En el caso de la novela negra, donde un héroe de segunda clase se abre paso dando y recibiendo golpes, según un código moral ambiguo, se señala el cambio valórico que ella sufre en nuestras geografías locales: “A diferencia de la novela norteamericana, la narrativa negra hispanoamericana suele denunciar más bien las contradicciones sociales, la explotación, el machismo, la corrupción y la hipocresía” (17).

Así llegamos a puerto para presenciar el espectáculo contemporáneo de las voces criminales chilenas. Desde ya, indiquemos que como en la película *Rashomon*, cada detective recorta lo real según su punto de vista. Ese es el mensaje de los autores de este libro, que distinguen los siguientes tipos de investigadores: el exterminador de inmigrantes, el de las causas aristocráticas, el que tiene fe en el mérito (que será premiado con el ascenso social), el defensor de las mujeres, el que lucha contra las injusticias de los poderes instituidos, el agente de seguros y los buscadores de la verdad que fracasan. Clemens Franken y Magda Sepúlveda, cual detectives en segundo grado, van develando las pequeñas debilidades, traiciones y utopías de estos detectives literarios, que al investigar los crímenes y descubrir a los responsables, van dejando su impronta --las convenciones de una época, nuestros vicios y virtudes, las limitaciones de la condición humana.

Para los lectores de espíritu generalista, este panorama sintético es un preciado don, en cuanto les otorga una imagen clara y transversal sobre los discursos sociales en un periodo extenso de tiempo. Así por ejemplo, la actitud proaristocrática no se agota en nuestro escritor Alberto Edwards, nacido en 1874, conocido por su ensayo político *La fronda aristocrática*; sino que se mantiene en otros nacidos casi treinta años después, como Camilo Pérez de Arce, con el agravante en este caso que sus detectives son norteamericanos que resuelven

crímenes ocurridos allá, como si el logo chileno no tuviera ningún prestigio. Y esta actitud aristocrática, que conlleva una condena explícita al sujeto popular, reaparece con gran virulencia en algunas obras del último tercio del siglo XX, justo cuando las clases postergadas obtienen protagonismo, para ratificar de modo absoluto que la aristocracia sólo se mide ante sí misma. No cabe duda; tal como lo proponen nuestros autores, ellos *no pueden ser juzgados por actores externos*; pues para estos aristogatos, *la verdad es un ejercicio de clase* (25).

En breve, un panorama atento a la intrahistoria, a la sinergia que sostiene ciertos tópicos y conductas recurrentes, exhibidos y elaborados en la escena del crimen, el cual es siempre una traición social. Ahora bien, para aquellos lectores interesados en cada escena particular o en el aporte de un autor, pueden ir visitando esos portales o incluso, comenzar por cualquiera de ellos; por ejemplo, por los relatos del comisario René Vergara, primer Director de la Brigada de Homicidios de Chile o por el neopolicial que nos enfrenta con los crímenes de lesa humanidad de nuestra historia reciente. La relectura de los relatos de Vergara resulta de inusitado interés, en cuanto discuten la virtual corrupción moral de la policía al hacer uso de la tortura para conseguir la confesión de los acusados; generando un vínculo pérfido entre el bien y el mal. Su inspector Cortés, igual que él en vida, lucha por generar un cuerpo legal más sano, que otorgue dignidad al hombre.

En cuanto al neopolicial, queremos destacar la figura del detective Heredia, creada por el escritor Ramón Díaz-Eterovic, que recolecta las piezas faltantes del puzzle criminal acudiendo a la mirada y el oído de los actores sociales puestos al margen por los poderosos, gentes pequeñas (prostitutas, quiosqueros, borrachos), inadvertidas al ojo del halcón y depositaria de nuestra memoria inconsciente. Preguntarles a ellos, ponerles aunque sea un mínimo de atención, implica encontrar las pistas interiores para un viaje sin retorno sobre los escombros de la verdad y los sentimientos encontrados de rabia y melancolía.

Quiero referirme brevemente a las mujeres detectives diseñadas por escritoras mujeres, que inquietan sobre el puzzle familiar. Investigadoras de sus propias vidas, buscan despejar la verdad; pero no siempre la divulgan. Es el caso de la novela *Nuestra señora de la soledad*, de Marcela Serrano, en la cual la mujer detective descubre que la esposa desaparecida goza de buena salud en Oaxaca junto a su amante, y por identificación femenina, guarda silencio. La interpretación crítica ocurre aquí en el ámbito de los discursos culturales de la mujer: ¿por qué la esposa no enfrenta a su marido con la verdad?; ¿por qué la huida es la única respuesta para una vida infeliz? Es posible que esta esposa se sienta tan subordinada que decida llevar dos vidas, asumiendo así una personalidad doble. Es la cárcel chilena, de la cual pocas heroínas literarias logran librarse.

En el plano de muertes y desapariciones, me permito hacer una acotación sobre una serie de relatos de escritoras chilenas más jóvenes, que ponen en el centro de sus preocupaciones el enigma de sus orígenes, centrados en la ausen-

cia de la figura del padre: ¿qué fue de él?; ¿por qué se silenció su figura en el discurso privado familiar? Estas nuevas heroínas no se conciben como esposas frustradas o amantes; sino como hijas a quienes se les ha privado de una verdad particular en el seno del hogar. Son las nuevas guachas chilenas, presentes en la narrativa de Alejandra Costamagna, Nona Fernández y Andrea Jeftanovic, detectives de la pieza oscura, que exigen la verdad de sus progenitores, con el único objetivo de abandonarlos luego como un lastre.

¿Qué es lo policial sino una reflexión sobre la verdad, sobre cuánta verdad puede cada comunidad aceptar? Al parecer, nuestro umbral para soportar verdades dolorosas, está aumentando, haciéndonos así cada vez más fuertes. Alejandro Jodorowsky, ese aspirante a mago que otorga consejos tanto a adolescentes como a empresarios, propone darle a cada uno la dosis que puede soportar. Por un tiempo, he considerado que es una sabia medida; sin embargo, eso nos pone en una situación de superioridad; pues ¿cómo estar seguros de la exacta precariedad del otro, cómo no confundirla con la propia? Es posible que la verdad sea inevitable, como el destino lo fue para los griegos; sólo que la retardamos. Es que, en realidad, la tememos, tememos extraviarnos en ella.

Texto crítico de carácter alegórico-social, *Tinta de sangre* relea pasajes de la Historia nacional desde el examen minucioso de los gestos ideológicos que articulan los crímenes en la literatura policial. La solución del caso criminal constituye siempre una propuesta sobre el ser nacional. Así, en la novela por entregas *Las aventuras de Manuel Luceño* (1927-1931), de Antonio Acevedo Hernández, la sospecha que recae sobre un bandido de las tierras del Sur de Chile, la demostración de su inocencia y el usufructo de un terreno que recibe en premio; permiten enunciar un relato sobre la reivindicación del sujeto popular campesino, donde la imagen del roto desplaza a la del inmigrante, convirtiendo al bandido en el colono excluido del proyecto modernizador americano basado en la oposición civilización/barbarie.

Y trasladándonos al escenario actual, resulta provocativo el sesgo ambiguo otorgado a los detectives que operan bajo los designios de la globalización. Sería el caso de algunas novelas de Alejandra Rojas y Luis Sepúlveda, quienes más allá de sus buenas intenciones, aparecerían defendiendo los intereses del capital transnacional, que perjudica a las comunidades locales, haciéndolas más pobres y dependientes. Anoto aquí que la discusión está centrada especialmente en las concepciones sobre la sociedad global y los posibles relatos y contrarrelatos que de allí se generan.

Vamos concluyendo. En un gesto democratizador de la cultura, este libro da cabida a un género *pobre*, que filosofa sobre el poder y las pasiones desde los crímenes del diario vivir. Texto que tras su aparente neutralidad, polemiza con los discursos de la transición chilena y con las interpretaciones oficiosas de nuestra historia patria; ejercicio crítico que hurga en el espacio nacional para esclarecer los pensamientos que guían a una mentalidad chilena sentida como excluyente. En el policial no hay lugar para terceras posiciones o espacios de

mediación; ni menos para metalenguajes que suspendan nuestros juicios. Por eso, al leer sus relatos e interpretarlos, no queda más que tomar partido. Es lo que hacen estos autores, rayándole la cancha a cada uno de estos detectives por los servicios prestados.

Una palabra final sobre la confección de esta obra. Es una tarea conjunta de dos personas que misteriosamente han coincidido en la misma escena y se han puesto a dialogar frente a nosotros. Nada de detective y ayudante, los dos bajo el mismo fuego, llevados por el irreprimible deseo de saber quiénes somos en realidad y cómo podemos llegar a ser mejores.

Dr. Rodrigo Cánovas
Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago de Chile, noviembre 2009